

## CAPITULO I.

### Yucatan antes de la revolucion de 1840.

---

Situacion de Yucatan, ántes de la revolucion de 1840.—De que manera debe considerarse.—La paz y el órden que reinaban.—Elementos con que contaba la Península.—Su número de habitantes, pueblos y establecimientos rurales.—Facilidad de trabajar y de pasar la vida.—Intima union que habia entre los habitantes del Estado.—Acabáanse aquellos goces con motivo de la guerra de los bárbaros.—Compárase aquella situacion con la que ahora tiene.—Reflexiones que se hacen sobre este particular.

CUMPLE á nuestro propósito ántes de dar principio á nuestra narracion histórica, decir aun cuando sean unas cuantas palabras nada mas, acerca de la situacion que guardaba Yucatan, ántes de la revolucion del año de 1840, que fué como el punto de partida de todos los grandes acontecimientos que han tenido lugar despues. Por supuesto, y esto lo deben comprender así los que están al tanto de lo que puede la Península, sin montañas, sin cascadas y sin torrentes, sin arroyos y sin rios, sin vias de comunicacion que faciliten las transacciones comerciales, y teniendo que esperar el agua de las nubes para toda clase de cultivo, no harémos por mas que nos alhague la pasion, una descripcion de aquellas en que tienen mas parte las figuras de retórica y los golpes de imaginacion, que la verdad histórica, objeto principal del historiador.

Esto no obstante, cuando remontamos nuestra memoria á esos tiempos de venturosa paz, sentimos como una punzada muy fuerte en el corazon. Por mas que profesemos el principio de que aun al través de las mas espantosas catástrofes,

algo bueno se descubre dispuesto por la mano de la Divina Providencia, es tan alhagadora la opinion de que las faenas tranquilas del campo y los alegres cantares de los vendimiadores en tiempo de cosecha, jamás pueden marchar unidas con el estruendo de la guerra, que sin querer sentimos oprimida el alma al consagrar un recuerdo á aquellos tiempos de alhagüeña y bienhechora paz. No era Yucatan, es verdad, un país que arrebatase la admiracion por los adelantos que se advierten en las grandes poblaciones: es cierto que no se cruzaban por él caminos de hierro, ni se escuchaba el movimiento que dán á los pueblos el vapor y la electricidad, las grandes máquinas y sus resultados prodigiosos: no se miraban en efecto, soberbios y suntuosos edificios en sus ciudades, no se encontraban en fin, placeres embriagadores, sitios y lugares deliciosos; pero era en cambio un pueblo de bellas y risueñas esperanzas para el porvenir: un pueblo que brindaba á los viajeros los encantos de una envidiable y bienhechora paz.

En aquellos tiempos, en aquellas épocas á que nos referimos, en vez del estrépito de las armas y del bélico clarín que se ha dejado escuchar en tantas ocasiones para la lucha de hermanos contra hermanos, en vez de sangre y de lágrimas derramadas, de intrigas y de pasiones de mala ley, en lugar del incendio y de la destruccion de nuestros pueblos, del lúgubre clamor de las campanas por los que han perdido su vida en los campos de batalla, y en vez del hambre y la miseria, tristes, pero inevitables consecuencias de tantos errores y desvaríos como despues hemos tenido la desgracia de cometer, los periódicos no se ocupaban de otra cosa mas que de la pérdida ó del logro de nuestras cosechas, y de éste ó de aquellos acontecimientos que en vez de entristecer, regocijaban.

Con esas ventajas y ese modo de vivir, con la feracidad de nuestras tierras en el Sur y Oriente del Estado, á pesar de los lugares improductivos, que se encuentran á inmediaciones de la playa, con la extension de nuestro territorio y seis-

cientas mil personas que lo habitaban, con tres mil cuatrocientos once establecimientos que derramaban sus productos por todas partes, y con aquella seguridad con que se pasaba la vida en el corazon de las montañas, con la misma calma que en el recinto de los grandes pueblos, Yucatan volvemos á decirlo, aunque no tuviese los demás agentes que facilitan el trabajo y que llevan la fertilidad hasta á los mas tristes arenales del desierto, hubiera podido significar alguna cosa, y ahora no se escribieran sus calamidades y sus desgracias, sino sus placeres y su ventura, sus dias hermosos y sus horas de contento.

Un padre de familias acosado por la desgracia, sin recursos, y lo que era peor, sin lo mas preciso para el sustento de sus hijos, abandonaba la Ciudad y se marchaba con todos ellos: al emprender su viaje no le preguntaban si llevaba pasaporte, tampoco temia que en su tránsito lo molestasen por no llevarlo, no le asaltaba el pensamiento de que habia de encontrarse con fuerzas pronunciadas, ni de que los bárbaros le asesinasen por el camino; y despues de haber llegado y de trabajar con tranquilidad, ora fuese en los pueblos del Oriente, ora en las espesas montañas de Xul y Becanchen, ya sea que se hubiese internado hasta los confines de Bacalar y de Chichanhá, era seguro que á los pocos meses contase con una fortuna que le pudiese proporeionar comodidades y salir de todas sus desgracias. Mas todavia: ese padre de familias habiendo espirado el tiempo por el cual se retiró á los bosques, privándose de los goces que nos brinda una buena sociedad, dispone su regreso y para el efecto no consulta ni la hora ni la direccion: recoge su dinero y se despide seguro de no encontrar obstáculos de ninguna clase, persuadido que no ha de hallar revolucionarios para robarle lo que lleva, asesinados que acaben con su vida; porque esta es una cosa desconocida en Yucatan, aun en los tiempos de mas desórden; y por último, sin vacilar un instante, emprende su camino para encontrarse en breves dias en su mansion abandonada, sin haber visto en su larga peregrinacion un hombre solo de malas inclinaciones, ni escuchado una voz siquiera que le hi-

ciera concebir sospechas. La paz y el orden, la tranquilidad y las garantías sociales, ¿hubieran debido exigir alguna cosa mas?

Así se pasaba la vida en nuestro país y se gozaba sin necesidad de amontonar caudales prodigiosos: una buena economía era nada mas lo suficiente, una mediana dedicacion al campo; y aun cuando no se tomasen en cuenta los diversos medios de la industria humana, eran felices los que así pensaban. El maiz, el frijol, el azúcar y la manteca; el arroz, el tabaco y el almidon; el ganado vacuno, los cerdos, los cruidillos, nuestras hermosas y variadas maderas, los grandes potreros de nuestras fincas, y sobre todo, nuestras individuales garantías, todas estas cosas presentaban el cuadro mas seductor que se pudiera imaginar.

Los habitantes del Estado, no sintiendo sus almas envenenadas por el espíritu de partido, por los rencores que forman contrarias opiniones, no reconocian mas que un principio, el del trabajo: una sola idea, la del porvenir; y un solo fin, el de vivir con honra y con comodidades: unidos en la calle, unidos en sus casas, unidos en el templo, aspirando el incienso de los sacrificios, y en todas partes juntos, era Yucatan si no el modelo de un pueblo venturoso en la extension de la palabra, al ménos grandes y fundadas esperanzas prometia. Pero ah! esas alegrías iban á desaparecer muy pronto; el vendabal de las pasiones se preparaba para acabar con todo, los dias de sangre, de lágrimas y horrores se acercaban ya...

.....  
Cuando ménos se piensa viene el huracan revolucionario que todo lo destruye, vienen los bárbaros que todo lo aniquilan, nuestros pueblos, nuestras villas, nuestras ciudades, nuestros lugares, todo desaparece. Al bullicio de las poblaciones sucede el melancólico silencio de los despoblados; al continuo cruzar de los labradores y tragineros por los caminos, sucede el peligroso encuentro con los bárbaros ó revolucionarios que se parapetan en las ruinas de los pueblos desiertos, en donde se baten; que horror! los padres contra

los hijos, los hijos contra los padres, los hermanos contra los hermanos.....

Consolémonos sin embargo. Porque si es natural nuestro sentimiento, por el apego que tenemos al principio de que las ciencias y las artes no progresan en medio del estruendo de la guerra sino bajo la sombra del árbol benéfico de la paz, y de que son mejores las conquistas del trabajo por lo mismo que el desarrollo de los elementos sociales en este caso, es mas perfecto; fuerza nos es reconocer por otra parte, que las grandes crisis, las agitaciones populares, los grandes sacudimientos, producen cambios que si bien cuestan á los pueblos rudos golpes de fortuna, no por eso dejan de ceder en beneficio de la humanidad. Jamas la Francia habia producido hombres tan eminentes como en 1793: jamas la mecánica y la química, por la elaboracion de la pólvora y de los elementos de la guerra habia adquirido tan colosales adelantos. Jamas la agricultura y la botánica enriquecieron los anales de la ciencia, con nuevas producciones, con plantas desconocidas, con libros que para el efecto se escribieron, como en la época de las cruzadas, cuando iban los reyes católicos al Oriente, los monarcas cristianísimos, los sectarios de un Dios de paz, á matar *infieles*, á escandalizar á la humanidad. Y aunque es verdad que nuestros acontecimientos no pueden nivelarse á los que acabamos de referir, el caso es que la revolucion del año de 40, produjo la Constitucion de 41, en la cual se proclamó la libertad de imprenta, la tolerancia religiosa, la abolicion de fueros, el juicio por jurados en los delitos comunes, y todo aquello que tendiendo á la libertad del pensamiento, causó la discusion dando impulso al periodismo, y por consiguiente, al adelanto intelectual del país. Entónces la prensa yucateca se movió por primera vez: entónces apareció la libertad con todo su esplendor: desde entónces la juventud tiene abierto el camino del saber.

Verdad es que ántes del año de 40, contaba seiscientos mil habitantes Yucatan; cierto es que poseia valiosas fincas y que la vida se pasaba tranquilamente; mas eso sin embargo, era

de muy poca ó ninguna significacion en favor del país, porque no era dueño de la riqueza que debía tener, ni estaba á la altura del adelanto en que debía de estar. Asustaba el rumor de sus cañaverales, admiraba el tráfico de sus árrias, asombraba el número de los sirvientes de sus fincas de campo; veía el viajero cuando caminaba de noche por nuestros pueblos en tiempo de la zafra, como una inmensa luminaria producida por la candelada de todos los ranchos que se sucedían uno en pos de otro, y cuyas hogueras eran otros tantos faros luminosos que le marcaban la direccion; pero no se veían las nuevas necesidades que se forma una sociedad adelantada. Había movimiento y sin embargo el salario estaba regalado: había dinero mas no había en que invertirlo: había agricultura y no había comercio: había todo, en fin, pero no había adelanto: ¿en qué consistía aquel misterio? Consistía en que los yucatecos no recogían de la naturaleza mas que lo que naturalmente daba: no ponían de su parte mayor esfuerzo: no eran productores, pero ni consumidores. Vivía cada cual en su localidad holgadamente, y por consiguiente ni la Capital tenía íntimas relaciones con los pueblos del interior, ni los pueblos del interior con la Capital; pero ni siquiera la Capital con otros pueblos allende el mar. ¿Cómo había de haber comercio, ni nuevas necesidades, ni adelanto?

Pero viene la revolucion de 48, píérdense todos los pueblos, acábanse todas las fortunas, destrúyense las fincas, y los que ántes vivían holgadamente sin ningun trabajo, véense casi desnudos y sin que comer. Algunos alcanzan las orillas del mar y emigran. Otros muchos se quedan en la Capital viviendo de una limosna que se les daba, miéntras que otros mas valientes en la desgracia, mas generosos con su patria, pelean denodadamente en los campos de batalla hasta morir, porque para ellos es mejor la muerte que vivir en extraño país. De allí el origen de las relaciones íntimas del comercio con la vecina Isla de Cuba, con los Estados Unidos del Norte, y los demas lugares del seno mejicano, á donde tuvimos que ocurrir hasta por los artículos muy vulgarés de primera ne-

cesidad, y de allí por consiguiente se adquirió una ventaja positiva, como que al conocer el comerciante las necesidades de esos pueblos, conoció su industria, conoció las materias de que se formaba, y tal vez de cosas despreciables en su país, vino á establecer una riqueza desconocida en Yucatan. De allí tambien las relaciones de la Capital con los pueblos del interior, á quienes al hacerles adoptar sus usos y costumbres, les ha trasladado al mismo tiempo lo que ha ido á recoger á otras partes por medio del comercio, cosa que no hubiera sucedido tan fácilmente si la emigracion por una parte, y la campaña que se emprendió, no hubiera reunido á los yucatecos sin distincion de pueblos ni lugares para combatir. De allí igualmente vino la economía, vino el trabajo, en la verdadera acepcion de la palabra, que todo lo transformó. Las grandes fortunas que se perdieron enseñó á los yucatecos á ser mas cautos. La necesidad de vivir por medio del trabajo les hizo sacar ventajas hasta de las tierras mas improductivas. Las fincas de los alrededores de la Capital vinieron á adquirir mas valor. Fincas de campo que contaban con mas de quinientos luneros (1) en otros tiempos, producen hoy mas, con ménos sirvientes que cuando eso. ¿Pero qué mas? Ese afán por trabajar, esa necesidad de producir, hace que los hombres industrióses se fijen en la planta preciosa del henequen, de cuyo filamento, para la navegacion, para las fábricas de papel, para los telares y para todo, esperan que han de sacar ventajas levantando al país de su postracion, y dándole impulso por medio de una máquina que era toda la dificultad para extraer el filamento, ¡qué de riquezas prodigiosas se forman en el instante! ¡Cuánto movimiento! ¡Cuánto dinero sale de las entrañas de una tierra que todos miraban con desprecio. ¡Pues qué había de salir el oro de una inmensa capa calcárea, y de un terreno eminentemente pedregoso! Bendigamos por esa causa á la Divina Providencia en sus designios, y no olvidemos, no desconozcamos aun en medio de los

(1) Sirvientes conocidos con este nombre, por ciertas obligaciones que tienen que cumplir el día de lúnes.

mas tristes acontecimientos, que la ley de la humanidad es su constante marcha; que aun en medio del desorden está la armonía infinita, está la mano de Dios que todo lo dirige.

Con esto hemos cumplido, en fin, presentando á nuestros lectores la situacion que guardaba Yucatan ántes de la revolucion del año de 40, así como la que ahora tiene, en cuya virtud pasamos á dar principio á nuestra narracion.

## CAPITULO II.

### Revolucion de 1840.—Sepárase Yucatan del Gobierno de la Union.

Revolucion de 1840.—Causas que la ocasionaron.—Desde qué tiempo debia estallar.—Puntos que lo debian verificar simultáneamente.—Se descubre la conspiracion, y son desterradas varias personas á Campeche.—El Capitan de la primera compañía de Tizimin, del 3.º *Activo*, Don Santiago Iman, es encausado como sospechoso por el comandante militar de Izamal, en donde estuvo preso nueve meses.—Consigue su libertad al fin, y poniéndose de acuerdo con los hombres prominentes del partido federal, se pronuncia en Tizimin el 29 de Mayo de 1839, proclamando la federacion.—Quiénes lo acompañaron desde el principio.—Con qué recursos de gente y armas contaba para la campaña.—Con qué recursos contaba el Gobierno del Estado.—Ataca á Espita y es derrotado.—Se replega á San Fernando y lo vuelven á derrotar.—Toma la direccion de Chancote, y sufre otra derrota en sus inmediaciones.—Retíranse las tropas del Gobierno y forman su cuartel general en Espita.—Dónde se refugió despues Iman en union de los que lo acompañaban.—Protégenlo todos los pueblos del Oriente en su escondite.—Doña Maria Nicolasa Virgilio su esposa.—Servicios que prestó esta señora á la revolucion.—Ella envía á Vicente Revilla á incorporarse á su marido.—Quien era Revilla.—Vito Pacheco se incorpora tambien á Iman.—Quien era Vito Pacheco.—El Gobierno supremo envía un comisionado en busca de tropas para sacar fuera del Estado, con especial recomendacion de que fuesen precisamente del 3.º *Activo*.—Imprudencia de esta medida.—Con este motivo salen ciento cincuenta hombres para Sisal, custodiados por trescientos hombres de la guarnicion de la Capital, y los embarcan con direccion á Veracruz.—Insurrecciónase dicha fuerza apenas se aleja de Sisal, y obliga al capitan del buque lo mismo que al jefe comisionado á que los desembarquen en la costa.—Desembárcanlos en Celestun, y se van á incorporar á Iman.—Una fuerza de quince ó veinte hombres de caballería, procedente de Campeche, se dirige á los pueblos de la Sierra, con el objeto de hacer secundar la revolucion.—Qué resultado tuvo aquella expedicion.—Otra fuerza de caballería á las órdenes del alférez D. Tomás O'Horan, per-